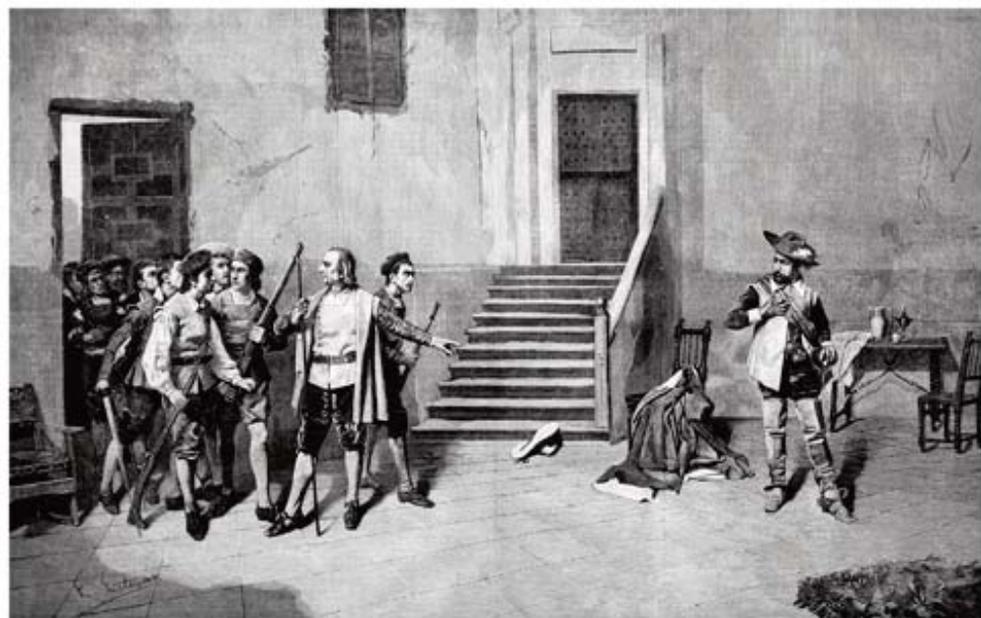


El Alcalde de Zalamea



Pedro Calderón de la Barca

El Alcalde de Zalamea

Pedro Calderón de la Barca

El Alcalde de Zalamea
Pedro Calderón de la Barca

Literanda, 2013

Colección Literanda Clásicos

Diseño de portada: Literanda, sobre un grabado de D. Enrique Esteban, "*Prisión del capitán D. Álvaro de Atayde*, por el Alcalde de Zalamea", 1878

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Más ediciones en www.literanda.com

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El REY, don Felipe II

Don LOPE de Figueroa

Don ÁLVARO de Atayde, capitán

Un SARGENTO

SOLDADOS

REBOLLEDO, soldado

La CHISPA, soldadera

Pedro CRESPO, labrador

JUAN, hijo de Pedro Crespo

ISABEL, hija de Pedro Crespo

INÉS, prima de Isabel

Don MENDO, hidalgo gracioso

NUÑO, criado de don Mendo

Un ESCRIBANO

VILLANOS

JORNADA PRIMERA

Salen REBOLLEDO, la CHISPA, y algunos SOLDADOS

REBOLLEDO: ¿Cuerpo de Cristo con quien
de esta suerte hace marchar
de un lugar a otro lugar
sin dar un refresco!

TODOS: ¡Amén!

REBOLLEDO: ¿Somos gitanos aquí,
para andar de esta manera?
¿Una arrollada bandera
nos ha de llevar tras sí
con una caja...

SOLDADO 1: ¿Ya empiezas?

REBOLLEDO: ...que este rato que calló
nos hizo merced de no
rompernos estas cabezas?

SOLDADO 2: No muestres de eso pesar,
si ha de olvidarse, imagino,
el cansancio del camino
a la entrada del lugar.

REBOLLEDO: ¿A qué entrada, si voy muerto?
Y aunque llegue vivo allá
sabe mi Dios si será
para alojar; pues es cierto
llegar luego al comisario

los alcaldes a decir,
que si es que se pueden ir,
que darán lo necesario.
Responderle lo primero
que es imposible, que viene
la gente muerta; y, si tiene
el concejo algún dinero,
decir, “Señores, soldados,
orden hay que no paremos;
luego al instante marchemos.”
Y nosotros, muy menguados,
a obedecer al instante
orden, que es, en caso tal,
para él orden monacal,
y para mi mendicante.
Pues, ¡voto a Dios!, que si llego
esta tarde a Zalamea,
y pasar de allí desea
por diligencia o por ruego,
que ha de ser sin mí la ida;
pues no, con desembarazo
será el primero tornillazo
que habré yo dado en mi vida.

SOLDADO 1: Tampoco será el primero,
que haya la vida costado
a un miserable soldado;
y más hoy, si considero,
que es el cabo de esta gente
don Lope de Figueroa,
que, si tiene tanta loa
de animoso y de valiente
la tiene también de ser
el hombre más desalmado,

jurador y renegado
del mundo, y que sabe hacer
justicia del más amigo,
sin fulminar el proceso.

REBOLLEDO: ¿Ven ustedes todo eso?
Pues yo haré lo que yo digo.

SOLDADO 2: ¿De eso un soldado blasona?

REBOLLEDO: Po mí muy poco me inquieta;
sino por esa pobreta
que viene tras la persona.

CHISPA: Señor Rebolledo, por mí
vuecé no se aflija, no;
que bien se sabe que yo
barbada el alma nací;
y ese temor me deshonra,
pues no vengo yo a servir
menos, que para sufrir
trabajos con mucha honra;
que para estarme, en rigor,
regalada, no dejara
en mi vida, cosa es clara,
la casa del regidor,
donde todo sobra, pues
al mes mil regalos vienen;
que hay regidores, que tienen
menos regla con el mes;
y pues a venir aquí
a marchar y perecer
con Rebolledo, sin ser
postema, me resolví,

por mí ¿en qué duda o repara?

REBOLLEDO: ¡Viven los cielos, que eres
corona de las mujeres!

SOLDADO 2: Aquesa es verdad bien clara.
¡Viva la Chispa!

REBOLLEDO: ¡Reviva!
Y más, si, por divertir
esta fatiga de ir
cuesta abajo y cuesta arriba,
con su voz al aire inquieta
una jácara o canción.

CHISPA: Responda a esa petición
citada la castañeta.

REBOLLEDO: Y yo ayudaré también.
Sentencien los camaradas
todas las partes citadas.

SOLDADO 1: ¡Vive Dios, que han dicho bien!

Cantan REBOLLEDO y la CHISPA

CHISPA: “Yo soy tiritiritaina,
flor de la jacarandana.

REBOLLEDO: “Yo soy tiritiritina,
flor de la jacarandina.

CHISPA: “Vaya a la guerra el alférez,
y embárquese el capitán.

REBOLLEDO: “Mate moros quien quisiere;
que a mí no me han hecho mal.

CHISPA: “Vaya y venga la tabla al horno,
y a mí no me falte pan.

REBOLLEDO: “Huéspedea, máteme una gallina,
que el carnero me hace mal.”

SOLDADO 1: Aguarda; que ya me pesa
que íbamos entretenidos
en nuestros mismos oídos-,
caballeros, de ver esa
torre, pues es necesario
que donde paremos sea.

REBOLLEDO: ¿Es aquella Zalamea?

CHISPA: Dígalo su campanario.
No sienta tanto vusté,
que cese el cántico ya;
mil ocasiones habrá
en lograrle; porque
esto me divierte tanto,
que como de otras no ignoran,
que a cada cosa lloran,
yo a casa cosica canto,
y oirá ucé jácaras ciento.

REBOLLEDO: Hagamos aquí alto, pues
justo, hasta que venga, es
con la orden el sargento,
por si hemos de entrar marchando
o en tropas.

SOLDADO 2: Él solo es quien
llega ahora. Mas también
el capitán esperando
está.

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Señores soldados,
albricias puedo pedir;
de aquí no hemos de salir,
y hemos de estar alojados
hasta que don Lope venga
con la gente, que quedó
en Llerena; que hoy llegó
orden de que se prevenga
toda, y no salga de aquí
a Guadalupe, hasta que
junto todo el tercio esté,
y él vendrá luego; y así
del cansancio bien podrán
descansar algunos días.

REBOLLEDO: Albricias pedir podías.

TODOS: ¡Vitor nuestro capitán!

ÁLVARO: Ya está hecho el alojamiento.
El comisario irá dando
boletas, como llegando
fueren.

CHISPA: Hoy saber intento,
por qué dijo, voto a tal,
aquella jacarandina;

“Huésped, máteme una gallina;
que el carnero me hace mal.”

Vanse todos, y quedan el CAPITÁN y el SARGENTO

ÁLVARO: Señor sargento, ¿ha guardado
las boletas para mí
que me tocan?

SARGENTO: Señor, sí.

ÁLVARO: ¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO: En la casa de un villano,
que el hombre más rico es
del lugar, de quien después
he oído, que es el más vano
hombre del mundo, y que tiene
más pompa y más presunción,
que un infante de León.

ÁLVARO: Bien a un villano conviene
rico aquesa vanidad.

SARGENTO: Dicen, que esta es la mejor
casa del lugar, señor;
y si va a decir verdad,
yo la escogí para ti,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella mujer...

ÁLVARO: Di.

SARGENTO: ...como una hija suya.

ÁLVARO: Pues,
¿por muy hermosa y muy vana
será más que una villana
con malas manos y pies?

SARGENTO: ¡Que haya en el mundo quien diga
eso!

ÁLVARO: ¿Pues no, mentecato?

SARGENTO: ¿Hay más bien gastado rato
—a quien amor no le obliga,
sino ociosidad no más—
que el de una villana, y ver,
que no acierta a responder
a propósito jamás?

ÁLVARO: Cosa es que en toda mi vida,
ni aun de paso, me agradó;
porque en no mirando yo
aseada y bien prendida
una mujer, me parece
que no es mujer para mí.

SARGENTO: Pues para mí, señor, sí,
cualquiera que se me ofrece.
Vamos allá; que por Dios,
que me pienso entretener
con ella.

ÁLVARO: Quieres saber
¿cuál dice bien de los dos?

El que una belleza adora,
dijo, viendo a la que amó,
“Aquella es mi dama,” y no,
“Aquella es mi labradora.”
Luego si dama se llama
la que se ama, claro es ya,
que en una villana está
vendido el nombre de dama.
Mas, ¿qué ruido es ese?

SARGENTO: Un hombre,
que de un flaco rocinante
a la vuelta de esa esquina
se apeó, y en rostro y talle
parece aquel Don Quijote
de quien Miguel de Cervantes
escribió las aventuras.

ÁLVARO: ¡Qué figura tan notable!

SARGENTO: Vamos, señor; que ya es hora.

ÁLVARO: Lléveme el sargento antes
a la posada la ropa,
y vuelva luego a avisarme.

Vanse. Salen don MENDO, hidalgo de figura, y NUÑO, su criado

MENDO: ¿Cómo va el rucio?

NUÑO: Rodado,
pues no puede menearse.

MENDO: ¿Dijiste al lacayo, di,
que un rato le pasease?

NUÑO: ¡Qué lindo pienso!

MENDO: No hay cosa
que tanto a un bruto descanse.

NUÑO: Aténgome a la cebada.

MENDO: ¿Y que a los galgos no aten,
dijiste?

NUÑO: Ellos se holgarán
mas no el carnicero.

MENDO: Baste;
y pues que han dado las tres,
cálzome palillo y guantes.

NUÑO: ¿Si te prenden el palillo
por palillo falso?

MENDO: Si alguien,
que no he comido un faisán,
dentro de sí imaginare,
que allá dentro de sí miente,
aquí y en cualquiera parte
lo sustentaré.

NUÑO: ¿Mejor
no sería sustentarme
a mí que al otro, que en fin
te sirvo?

MENDO: ¡Que necedades!
En efecto, ¿que han entrado
soldados aquesta tarde
en el pueblo?

NUÑO: Sí, señor.

MENDO: Lástima da el villanaje
con los huéspedes que espera.

NUÑO: Más lástima da y más grande
con los que no espera...

MENDO: ¿Quién?

NUÑO: La hidalguez, y no te espante;
que, si no alojan, señor,
en casa de hidalgos a nadie,
¿por qué piensas que es?

MENDO: ¿Por qué?

NUÑO: Porque no se mueran de hambre.

MENDO: En buen descanso esté el alma
de mi buen señor y padre,
pues en fin me dejó una
ejecutoria tan grande,
pintada de oro y azul,
exención de mi linaje.

NUÑO: Tomáramos que dejara
un poco del oro aparte.

MENDO: Aunque, si reparo en ello,
y si va a decir verdades,
no tengo que agradecerle
de que hidalgo me engendrarse;
porque yo no me dejara
engendrar, aunque él porfiase,
si no fuera de una hidalgo,
en el vientre de mi madre.

NUÑO: Fuera de saber difícil.

MENDO: No fuera, sino muy fácil.

NUÑO: ¿Cómo, señor?

MENDO: Tú en efecto
filosofía no sabes,
y así ignoras los principios.

NUÑO: Sí, mi señor, y aun los antes
y postres, desde que como
contigo; y es, que al instante
mesa divina es tu mesa,
sin medios, postres ni antes.

MENDO: Yo no digo esos principios.
Has de saber que el que nace
sustancia es del alimento,
que antes comieron sus padres...

NUÑO: ¿Luego tus padres comieron?
Esa maña no heredaste.

MENDO: ...esto después se convierte

en su propia carne y sangre;
luego si hubiera comido
el mío cebolla, al instante
me hubiera dado el olor,
y hubiera dicho yo, “Tate,
que no me está bien hacerme
de excremento semejante.”

NUÑO: Ahora digo que es verdad.

MENDO: ¿Qué?

NUÑO: Que adelgaza la hambre
los ingenios.

MENDO: Majadero,
¿téngola yo?

NUÑO: No te enfades;
que, si no la tienes, puedes
tenerla; pues de la tarde
son ya las tres, y no hay greda,
que mejor las manchas saque,
que tu saliva y la mía.

MENDO: Pues, ¿esa es causa bastante
para tener hambre yo?
Tengan hambre los gañanes;
que no somos todos unos;
que a un hidalgo no le hace
falta el comer...

NUÑO: ¡Oh quién fuera
hidalgo!

MENDO: Y más no me hables
de esto, pues ya de Isabel
vamos entrando en la calle.

NUÑO: ¿Por qué, si de Isabel eres
tan firme y rendido amante,
a su padre no la pides?
Pues con esto tú y su padre
remediaréis de una vez
entrambas necesidades;
tú comerás, y él hará
hidalgos sus nietos.

MENDO: No hables
más Nuño, calla. ¿Dineros
tanto habían de postrarme,
que a un hombre llano por fuerza
había de admitir?

NUÑO: Pues antes
pensé, que ser hombre llano
para suegro era importante;
pues de otros dicen, que son
tropezones, en que caen
los yernos; y si no has
de casarte, ¿por qué haces
tantos extremos de amor?

MENDO: ¿Pues no hay, sin que yo me case,
Huelgas en Burgos, adonde
llevarla, cuando me enfade?
Mira, si acaso la ves.

NUÑO: Temo si acierta a mirarme
Pero Crespo.

MENDO: ¿Qué ha de hacer,
siendo mi criado, nadie?
Haz lo que manda tu amo.

NUÑO: Sí, haré. Aunque no he de sentarme
con él a la mesa.

MENDO: Es propio
de los que sirven, refranes.

NUÑO: Albricias que, con su prima
Inés, a la reja sale.

MENDO: Di que por el bello oriente,
coronado de diamantes,
hoy, repitiéndose el sol,
amanece por la tarde.

Salen a la ventana ISABEL e INÉS, labradoras

INÉS: Asómate a esa ventana,
prima, así el cielo te guarde,
verás los soldados, que entran
en el lugar.

ISABEL: No me mandes,
que a la ventana me ponga,
estando ese hombre en la calle,
Inés, pues ya, en cuánto el verle
en ella me ofende, sabes.

INÉS: En notable tema ha dado
de servirte y festejarte.

ISABEL: No soy más dichosa yo.

INÉS: A mi parecer, mal haces
de hacer sentimiento de esto.

ISABEL: Pues, ¿qué había de hacer?

INÉS: Donaire.

ISABEL: ¿Donaire de los disgustos?

MENDO habla a ISABEL

MENDO: Hasta aqueste mismo instante
jurara yo a fe de hidalgo,
-que es juramento inviolable-
que no había amanecido;
mas, ¿qué mucho que lo extrañe,
hasta que a vuestras auroras
segundo día les sale?

ISABEL: Ya os he dicho muchas veces,
señor don Mendo, cuán en balde
gastáis finezas de amor,
locos extremos de amante
haciendo todos los días
en mi casa y en mi calle.

MENDO: Si las mujeres hermosas
supieran, cuanto las hace
más hermosas el enojo,

el rigor, desdén y ultraje,
en su vida gastarían
más afeite, que enojarse.
Hermosa estáis, por mi vida;
decid, decid más pesares.

ISABEL: Cuando no baste el decirlos,
don Mendo, el hacerlos baste,
de aquesta manera: Inés,
éntrate allá dentro, y dale
con la ventana en los ojos.

Vase ISABEL

INÉS: Señor caballero andante,
que de aventurero entráis
siempre en lides semejantes,
porque de mantenedor,
no era para vos tan fácil,
Amor os provea.

Vase INÉS

MENDO: Inés,
las hermosuras se salen
con cuanto ellas quieren. ¡Nuño!

NUÑO: ¡Oh qué desairados nacen
todos los pobres!

Sale Pedro CRESPO, labrador

CRESPO: *Aparte* (¡Que nunca
entre y salga yo en mi calle,

que no vea a este hidalgo
pasearse en ella muy grave!)

NUÑO: Pedro Crespo viene aquí.

MENDO: Vamos por esta otra parte,
que es villano malicioso.

Sale JUAN, su hijo

JUAN: *Aparte* (¡Que siempre que venga halle
esta fantasma a mi puerta,
calzado de frente y guantes!)

NUÑO: Pero acá viene su hijo.

MENDO: No te turbes ni embaraces.

CRESPO: Mas Juanico viene aquí.

JUAN: Pero aquí viene mi padre.

MENDO: Disimula. Pedro Crespo,
Dios os guarde.

CRESPO: Dios os guarde.

Vanse don MENDO y NUÑO

Aparte (Él ha dado en porfiar
y alguna vez he de darle
de manera que le duela.)

JUAN: *Aparte* (Algún día he de enojarme.)

¿De adónde bueno, señor?

CRESPO: De las eras; que esta tarde
salí a mirar la labranza,
y están las parvas notables
de manojos y montones,
que parecen al mirarse
desde lejos montes de oro,
y aun oro de más quilates
pues de los granos de aqueste,
es todo el cielo el contraste.
Allí el biello, hiriendo a soplos
el viento en ellos suave,
deja en esta parte el grano
y la paja en la otra parte;
que aun allí lo más humilde
da el lugar a lo más grave.
¿Oh, quiera Dios, que en las trojes
yo llegue a encerrarlo, antes
que algún turbión me lo lleve
o algún viento me la tale!
Tú, ¿qué has hecho?

JUAN: No sé cómo
decirlo, sin enojarte.
A la pelota he jugado
dos partidos esta tarde,
y entrambos los he perdido.

CRESPO: Naces bien, si los pagaste.

JUAN: No los pagué; que no tuve
dineros para ellos; antes
vengo a pedirte, señor...

CRESPO: Pues escucha antes de hablarme;
dos cosas no has de hacer nunca,
no ofrecer los que no sabes
que has de cumplir, ni jugar
más de lo que está delante,
porque, si por accidente
falta, tu opinión no falte.

JUAN: El consejo es como tuyo,
y por tal debo estimarle;
y he de pagarte con otro:
en tu vida no has de darle
consejo al que ha menester
dinero.

CRESPO: ¡Bien te vengaste!

Sale el SARGENTO

SARGENTO: ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESPO: ¿Hay algo que usted le mande?

SARGENTO: Traer a casa la ropa
de don Álvaro de Atayde,
que es el capitán de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.

CRESPO: No digáis más, esto baste;
que para servir al Rey,
y al Rey en sus capitanes,
están mi casa y mi hacienda.
Y en tanto, que se le hace

el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
e id a decirle que venga,
cuando su merced mandare,
a que se sirva de todo.

SARGENTO: Él vendrá luego al instante.

Vase el SARGENTO

JUAN: ¡Que quieras, siento tú rico,
vivir a estos hospedajes
sujeto!

CRESPO: Pues, ¿cómo puedo
excusarlos ni excusarme?

JUAN: Comprando una ejecutoria.

CRESPO: Dime por tu vida, ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No, por cierto.
Pues, ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al Rey
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? No, es dislate.
Pues, ¿qué dirán? Que soy noble
por cinco o seis mil reales;
y esto es dinero y no es honra;
que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial
un ejemplillo escucharme?

“Es calvo un hombre mil años,
y al cabo de ellos se hace
una cabellera. Éste,
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No.
Pues, ¿qué dicen al mirarle?
Bien puesta la caballera
trae fulano.” Pues, ¿qué hace,
si, aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?

JUAN: Enmendar su vejación,
remediarse de su parte,
y redimir vejaciones
del sol, del hielo y del aire.

CRESPO: Yo no quiero honor postizo
que el defecto ha de dejar
en casa. Villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos.
Llama a tu hermana.

JUAN: Ella sale.

Salen ISABEL e INÉS

CRESPO: Hija, el Rey, nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
va a Lisboa, porque en ella
solicita coronarse
como legítimo dueño;
a cuyo efecto, marciales
tropas caminan con tantos

aparatos militares
hasta bajar a Castilla
el tercio viejo de Flandes
con un don Lope, que dicen
todos que es español Marte.
Hoy han de venir a casa
soldados, y es importante,
que no te vean. Así, hija,
al punto has de retirarte
en esos desvanes, donde
yo vivía.

ISABEL: A suplicarte
me dices esta licencia
venía yo. Sé que el estarme
aquí es estar solamente
a escuchar mil necesidades.
En ese cuarto mi prima
y yo estaremos, sin que nadie
ni aun el sol mismo, no sepa
de nosotras.

CRESPO: Dios os guarde.
Juanico, quédate aquí.
Recibe a huéspedes tales,
mientras busco en el lugar
algo con qué regalarles.

Vase Pedro CRESPO

ISABEL: Vamos, Inés.

INÉS: Vamos, prima.

Aparte (Mas tengo por disparate
el guardar una mujer
si ella no quiere guardarse.)

Vanse ISABEL e INÉS. Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

SARGENTO: Ésta es, señor, la casa.

ÁLVARO: Pues del cuerpo de guardia al punto pasa
toda mi ropa.

SARGENTO: Quiero
registrar la villana lo primero.

Vase el SARGENTO

JUAN: Vos seáis bienvenido
a aquesta casa; que ventura ha sido
grande venir a ella un caballero
tan noble como en vos le considero.
Aparte (¡Qué galán y alentado!
Envidia tengo al traje de soldado.)

ÁLVARO: Vos seáis bien hallado.

JUAN: Perdonaréis, no estar acomodado;
que mi padre quisiera
que hoy un alcázar esta casa fuera.
Él ha ido a buscaros
que comáis, que desea regalaros,
y yo voy a que esté vuestro aposento
aderezado.

ÁLVARO: Agradecer intento

la merced y el cuidado.

JUAN: Estaré siempre a vuestros pies postrado.

Vase JUAN y sale el SARGENTO

ÁLVARO: ¿Qué hay, sargento? ¿Has ya visto a la tal labradora?

SARGENTO: ¡Vive Cristo!
Que con aquese intento
no he dejado cocina ni aposento
y que no la he topado.

ÁLVARO: Sin duda el villanchón la ha retirado.

SARGENTO: Pregunté a una criada
por ella, y respondiome que ocupada
su padre la tenía
en ese cuarto alto, y que no había
de bajar nunca acá, que es muy celoso.

ÁLVARO: ¿Qué villano no ha sido malicioso?
De mí digo, que, si hoy aquí la viera,
caso de ella no hiciera;
y sólo porque el viejo la ha guardado,
deseo, vive Dios, de entrar me ha dado
donde está.

SARGENTO: Pues, ¿qué haremos,
para que allá, señor, con causa entremos,
sin dar sospecha alguna?

ÁLVARO: Solo por tema la he de ver, y una

industria he de buscar.

SARGENTO: Aunque no sea
de mucho ingenio para quien la vea
hoy, no importará nada;
que con eso será más celebrada.

ÁLVARO: Óyela pues ahora.

SARGENTO: Di, ¿qué ha sido?

ÁLVARO: Tú has de fingir... Mas no, pues que ha venido
ese soldado, que es más despejado,
él fingirá mejor lo que he trazado.

Salen REBOLLEDO y la CHISPA

REBOLLEDO: Con este intento vengo
a hablar al capitán, por ver si tengo
dicha en algo.

CHISPA: Pues háblale de modo
que le obligues; que en fin no ha de ser todo
desatino y locura.

REBOLLEDO: Préstame un poco tú de tu cordura.

CHISPA: Poco y mucho pudiera.

REBOLLEDO: Mientras hablo con él, aquí me espera.

Habla REBOLLEDO a don ÁLVARO

Yo vengo a suplicarte...

ÁLVARO: En cuanto puedo
ayudaré, por Dios, a Rebolledo,
porque me ha aficionado
su despejo y su brío.

SARGENTO: Es gran soldado.

ÁLVARO: Pues, ¿qué hay que se le ofrezca?

REBOLLEDO: Yo he perdido
cuanto dinero tengo y he tenido
y he de tener, porque de pobre juro,
en presente, en pretérito y futuro.
Hágaseme merced de que por vía
de ayudilla de costa a queste día
el alférez me dé...

ÁLVARO: Diga, ¿qué intenta?

REBOLLEDO: El juego del boliche por mi cuenta;
que soy hombre cargado
de obligaciones y hombre al fin honrado.

ÁLVARO: Digo que eso es muy justo,
y el alférez sabrá que este es mi gusto.

La CHISPA habla aparte

CHISPA: (Bien le habla el capitán. ¡Oh si me viera
llamar de todos y la bolichera!)

REBOLLEDO: Daréle ese recado.

ÁLVARO: Oye. Primero
que le lleves, de ti fiarme quiero
para cierta invención que he imaginado,
con que salir intento de un cuidado.

REBOLLEDO: Pues, ¿qué es lo que se aguarda?
Lo que tarda en saberse, es lo que tarda
en hacerse.

ÁLVARO: Escúchame. Yo intento
subir a ese aposento
por ver si en él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.

REBOLLEDO: Pues, ¿por qué no le subes?

ÁLVARO: No quisiera,
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo más; y así, fingiendo
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba. Yo entonces enojado
la espada sacaré. Tú muy turbado
has de entrarte hasta donde
esta persona que busque se esconde.

REBOLLEDO: Bien informado quedo.

CHISPA: (Pues habla el capitán con Rebolledo
hoy de aquella manera,
desde hoy me llamarán la bolichera.)

Habla REBOLLEDO en alta voz

REBOLLEDO: ¡Voto a Dios que han tenido

esta ayuda de costa, que he pedido,
un ladrón, un gallina y un cuitado,
y ahora que la pide un hombre honrado,
¿se la dan?

CHISPA: (¡Ya empieza su tronera!)

ALVARO: Pues, ¿cómo me habla a mí de esa manera?

REBOLLEDO: ¿No tengo de enojarme
cuando tengo razón?

ÁLVARO: No, ni ha de hablarme;
y agradezca que sufro a queste exceso.

REBOLLEDO: Ucé es mi capitán, sólo por eso
callaré. Mas, ¡por Dios!, que si yo hubiera
la bengala en mi mano...

ÁLVARO: ¿Qué me hiciera?

CHISPA: ¡Tente, señor! (Su muerte considero.)

REBOLLEDO: ...que me hablara mejor.

ÁLVARO: ¿Qué es lo que espero,
que no doy muerte a un pícaro atrevido?

REBOLLEDO: Huyo, por el respeto que he tenido
a esa insignia.

ÁLVARO: Aunque huyas,
te he de matar.

CHISPA: (Ya él hizo de las suyas.)

SARGENTO: ¡Tente, señor!

CHISPA: ¡Escucha!

SARGENTO: ¡Aguarda, espera!

CHISPA: (Ya no me llamarán la bolichera.)

**Éntrale acuchillando y salen JUAN con espada y Pedro
CRESPO**

JUAN: ¡Acudid todos presto!

CRESPO: ¿Qué ha sucedido aquí?

JUAN: ¿Qué ha sido aquesto?

CHISPA: Que la espada ha sacado
el capitán aquí para un soldado,
y esa escalera arriba
sube tras él.

CRESPO: ¿Hay suerte más esquivada?

CHISPA: Subid todos tras él.

JUAN: Acción fue vana
esconder a mi prima y a mi hermana.

Éntranse y salen REBOLLEDO huyendo, e ISABEL e INÉS

REBOLLEDO: Señoras, si siempre ha sido

sagrado el que es templo, hoy
sea mi sagrado aqúeste,
pues es templo del Amor.

ISABEL: ¿Quién a vos de esa manera
os obliga?

INÉS: ¿Qué ocasión
tenéis de entrar hasta aquí?

ISABEL: ¿Quién os sigue o busca?

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Yo;
que tengo de dar la muerte
al pícaro, ¡vive Dios!
Si pensase....

ISABEL: Deteneos,
siquiera porque, señor,
vino a valerse de mí;
que los hombres, como vos,
han de amparar las mujeres,
si no por lo que ellas son,
porque son mujeres; que esto
basta, siendo vos quien sois.

ÁLVARO: No pudiera otro sagrado
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza;
por ella vida le doy.
Pero mirad, que no es bien
en tan precisa ocasión

hacer vos el homicidio,
que no queréis que haga yo.

ISABEL: Caballero, si cortés
ponéis en obligación
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesión.
Que dejéis este soldado
os suplico; pero no
que cobréis de mí la deuda
a que agradecida estoy.

ÁLVARO: No sólo vuestra hermosura
es de rara perfección,
pero vuestro entendimiento
lo es también; porque hoy en vos
alianza están jurando
hermosura y discreción.

Salen Pedro CRESPO y JUAN, las espadas desnudas

CRESPO: ¿Cómo es eso, caballero?
¿Cuándo pensó mi temor
hallaros matando a un hombre,
os hallo...

ISABEL: *Aparte* (¡Válgame Dios!)

CRESPO: ...requebrando a una mujer?
Muy noble sin duda sois,
pues que tan presto se os pasan
los enojos.

ÁLVARO: Quien nació

con obligaciones debe
acudir a ellas; y yo
al respeto de esta dama
suspendí todo el furor.

CRESPO: Isabel es hija mía,
y es labradora, señor,
que no dama.

JUAN: *Aparte* (¡Vive el cielo
que todo ha sido invención,
para haber entrado aquí!
Corrido en el alma estoy
de que piensen, que me engañan,
y no ha de ser.) Bien, señor
capitán, pudierais ver
con más segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este disgusto.

CRESPO: ¿Quién os mete en eso a vos,
rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿no había de ir tras él?
Mi hija os estima el favor
del haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

ÁLVARO: Claro está, que no habrá sido
otra causa, y ved mejor
lo que decís.

JUAN: Yo lo veo
muy bien.

CRESPO: Pues, ¿cómo habláis vos
así?

ÁLVARO: Porque estáis delante,
más castigo no le doy
a este rapaz.

CRESPO: Detened,
señor capitán; que yo
puedo tratar a mi hijo
como quisiere, y vos no.

JUAN: Y yo sufrirlo a mi padre,
mas a otra persona no.

ÁLVARO: ¿Qué habíais de hacer?

JUAN: Perder
la vida por la opinión.

ÁLVARO: ¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN: Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador.

ÁLVARO: ¡Vive Dios, que ya es bajeza
sufrirlo!

CRESPO: Ved que yo estoy
de por medio.

Sacan las espadas

REBOLLEDO: ¡Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgón!

CHISPA: ¡Aquí del cuerpo de guardia!

REBOLLEDO: ¡Don Lope, ojo avisor!

Sale don LOPE con hábito, muy galán, y bengala

LOPE: ¿Qué es aquesto? ¿La primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabado de llegar,
ha de ser una cuestión?

ÁLVARO: *Aparte* (¡A qué mal tiempo don Lope
de Figueroa llegó!)

CRESCO: *Aparte* (¡Por Dios, que se las tenía
con todos el rapagón!)

LOPE: ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
Hablad, porque, ¡votos a Dios!,
que a hombres, mujeres y casa
eche por un corredor!
¿No me basta haber subido
hasta aquí, con el dolor
de esta pierna, que los diablos
llevarán, amén, si no
no decirme, “Aquesto ha sido”?

CRESCO: Todo eso es nada, señor.

LOPE: Hablad, decid la verdad.

ÁLVARO: Pues es que alojado estoy
en esta casa; un soldado...

LOPE: Decid.

ÁLVARO: ...ocasión me dio
a que sacase con él
la espada. Hasta aquí se entró
huyendo. Entréme tras él
donde estaban esas dos
labradoras, y su padre
o su hermano-o lo que son-
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

LOPE: Pues yo
a tan buen tiempo he llegado,
satisfaré a todos hoy.
¿Quién fue el soldado, decid,
que a su capitán le dio
ocasión de que sacase
la espada?

REBOLLEDO: *Aparte* (¡A que pago yo
por todos!)

ISABEL: Aquéste fue
el que huyendo hasta aquí entró.

LOPE: Denle dos tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Tras... ¿Qué me han de dar, señor?

LOPE: Tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Yo hombre
de estos tratos no soy.

CHISPA: *Aparte* (De esta vez me lo estropean.)

ÁLVARO: *Aparte* (¡Ah, Rebolledo, por Dios,
que nada digas! Yo haré
que te libren.)

REBOLLEDO habla aparte a él

REBOLLEDO: (¿Cómo no
lo he de decir, pues si callo,
los brazos me pondrán hoy
atrás, como mal soldado?)

A don LOPE

El capitán me mandó
que fingiese la pendencia,
para tener ocasión
de entrar aquí.

CRESPO: Ved ahora,
si hemos tenido razón.

LOPE: No tuvisteis, para haber
así puesto en ocasión
de perderse este lugar.
¡Hola! Echa un bando tambor:
-Que al cuerpo de guardia vayan
los soldados cuantos son,

y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy-
Y para que no quedéis
con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto,
y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento;
que yo en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que a Guadalupe no voy
donde está el Rey.

ÁLVARO: Tus preceptos,
órdenes precisas son
para mí.

Vanse los soldados

CRESPO: Entraos allá dentro.

Vanse ISABEL, INÉS y JUAN

Mil gracias, señor, os doy
por la merced, que me hicisteis
de excusarme una ocasión
de perderme.

LOPE: ¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO: Dando muerte a quien pensara
ni aun el agravio menor.

LOPE: ¿Sabes, ¡voto a Dios!, que es capitán?

CRESPO: Sí, ¡voto a Dios!,
y aunque fuera él general,
en tocando a mi opinión
le matara.

LOPE: A quien tocara
ni aun al soldado menor
sólo un pelo de la ropa,
¡por vida del cielo!, yo
le ahorcara.

CRESPO: A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
¡por vida también del cielo!,
que también le ahorcara yo.

LOPE: ¿Sabéis que estáis obligado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESPO: Con mi hacienda,
pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

LOPE: ¡Juro a Cristo!, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO: Sí, ¡juro a Cristo!, porque siempre la he tenido yo.

LOPE: Yo vengo cansado, y esta pierna, que el diablo me dio, ha menester descansar.

CRESPO: Pues, ¿quién os dice que no? Ahí me dio el diablo una cama, y servirá para vos.

LOPE: ¿Y dióle hecha el diablo?

CRESPO: Sí.

LOPE: Pues a deshacerla voy, que estoy, ¡voto a Dios!, cansado.

CRESPO: Pues descansad, ¡voto a Dios!

LOPE: *Aparte* (Testarudo es el villano; también jura como yo.)

CRESPO: *Aparte* (Caprichoso es el don Lope no haremos migas los dos.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen don MENDO y NUÑO, su criado

MENDO: ¿Quién os contó todo esto?

NUÑO: Todo esto contó Ginesa,
su criada.

MENDO: ¿El capitán,
después de aquella pendencia,
que en su casa tuvo, fuéese?
¿Ya verdad o ya cautela,
ha dado en enamorar
a Isabel?

NUÑO: Y es de manera,
que tan poco humo en su casa
él hace, como en la nuestra
nosotros. Él todo el día
no se quita de su puerta.
No hay hora, que no le envíe
recados; con ellos entra
y sale un mal soldadillo,
confidente suyo.

MENDO: ¡Cesa!
Que es mucho veneno, mucho,
para que el alma lo beba
de una vez.

NUÑO: Y más no habiendo
en el estómago fuerzas
con que resistirle.

MENDO: Hablemos
un rato, Nuño, de veras.

NUÑO: ¡Pluguiera a Dios fueran burlas!

MENDO: ¿Y qué le responde ella?

NUÑO: Lo que a ti; porque Isabel
es deidad hermosa y bella,
a cuyo cielo no empañan
los vapores de la tierra.

MENDO: ¡Buenas nuevas te dé Dios!

Dale a NUÑO un bofetón

NUÑO: A ti te dé mal de muelas,
que me has quebrado dos dientes.
Más bien has hecho, si intentas
reformularlos por familia,
que no sirve ni aprovecha.
¡El capitán!

MENDO: ¡Vive Dios,
si por el honor no fuera
de Isabel, que lo matara!

NUÑO: Más mira por tu cabeza.

Salen don ÁLVARO, el SARGENTO y REBOLLEDO

MENDO: Escucharé retirado.
Aquí, a esta parte, te llega.

Retíranse don MENDO y NUÑO

ÁLVARO: Este fuego, esta pasión
no es amor solo, que es tema,
es ira, es rabia, es furor.

REBOLLEDO: ¡Oh nunca, señor, hubieras
visto a la hermosa villana,
que tantas ansias te cuesta!

ÁLVARO: ¿Que te dijo la criada?

REBOLLEDO: ¿Ya no sabes sus respuestas?

Don MENDO habla aparte a NUÑO

MENDO: Esto ha de ser; pues ya tiende
lo noche sus sombras negras,
antes que se haya resuelto
a lo mejor mi prudencia,
ven a armarme.

NUÑO: Pues, ¿qué tienes
más armas, señor, que aquellas
que están en un azulejo
sobre el marco de la puerta?

MENDO: En mi guardarnés presumo
que hay para tales empresas
algo que ponerme.

NUÑO: Vamos,
sin que el capitán no sienta.

Vanse don MENDO y NUÑO

ÁLVARO: ¡Que en una villana haya
tan hidalga resistencia,
que no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible!

SARGENTO: Éstas, señor,
no de los hombre se prendan
como tú. Si otro villano
le festejara y sirviera,
hiciera más caso de él.
Fuera de que con tus quejas
sin tiempo. Si te has de ir
mañana, ¿para qué intentas,
que una mujer en un día
te escuche y te favorezca?

ÁLVARO: En un día el sol alumbra
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;
en un día una batalla
perdida y victoria ostenta;
en un día tiene el mar
tranquilidad y tormenta;

en un día nace un hombre
y muere; luego pudiera
en un día ver mi amor
sobra y luz, como planeta;
pena y dicha, como imperio;
gente y brutos, como selva;
paz e inquietud como mar;
triunfo y ruina, como guerra;
vida y muerte, como dueño
de sentidos y potencias.
Y habiendo tenido edad
en un día su violencia
de hacerme tan desdichado,
¿por qué, por qué no pudiera
tener edad en un día
de hacerme dichoso? ¿Es fuerza
que se engendren más despacio
las glorias que las ofensas?

SARGENTO: ¿Verla una vez solamente
a tanto extremo te fuerza?

ÁLVARO: ¿Qué más causa había de haber,
llegando a verla, que verla?
De sola una vez a incendio
crece una breve pavesa;
de una vez sola un abismo
fulgúreo volcán revienta;
de una vez se enciende el rayo
que destruye cuanto encuentra;
de una vez escupe horror
la más reformada pieza.
De una vez amor, ¿qué mucho,
fuego de cuatro maneras,

mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abrase, asombre y hiera?

SARGENTO: ¿No decías que villanas
nunca tenían belleza?

ÁLVARO: Y aun aquesa confianza
me mató; porque el que piensa
que va a un peligro, ya va,
prevenido a la defensa;
quien va a una seguridad
es el que más riesgo lleva,
por la novedad que halla
si acaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana;
si hallé una deidad, ¿no era
preciso que peligrase
en mi misma inadvertencia?
En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura. ¡Ay, Rebolledo,
no sé qué hiciera por verla!

REBOLLEDO: En la compañía hay soldado
que canta por excelencia,
y la Chispa, que es mi alcaida
del boliche, es la primera
mujer en jacarear.
Haya, señor, jira y fiesta
y música a su ventana;
que con esto podrás verla
y aun hablarla.

ÁLVARO: Como está
don Lope allí, no quisiera
despertarle.

REBOLLEDO: Pues don Lope,
¿cuándo duerme con su pierna?
Fuera, señor, que la culpa
si se entiende, será nuestra,
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.

ÁLVARO: Aunque tenga
mayores dificultades,
pase por todas mi pena.
Juntaos todos esta noche,
mas de suerte que no entiendan
que yo lo mando. ¡Ay, Isabel,
qué de cuidados me cuestas!

Vanse don ÁLVARO y el SARGENTO, y sale la CHISPA

CHISPA: ¡Téngase!

REBOLLEDO: Chispa, ¿qué es eso?

CHISPA: Ahí un pobrete que queda
con un rasguño en el rostro.

REBOLLEDO: Pues, ¿por qué fue la pendencia?

CHISPA: Sobre hacerme alicantina
del barato de hora y media
que estuvo echando las bolas,
teniéndome muy atenta

a si eran pares o nones.
Canséme y dílo con ésta.
Saca la daga
Mientras que con el barbero
poniéndose en puntos queda,
vamos al cuerpo de guardia
que allá te dará la cuenta.

REBOLLEDO: ¡Bueno es estar de mohína,
cuando vengo yo de fiesta!

CHISPA: ¿Pues qué estorba el uno al otro?
Aquí está la castañeta.
¿Qué se ofrece que cantar?

REBOLLEDO: Ha de ser cuando anochezca,
y música más fundada.
Vamos y no te detengas,
Anda acá al cuerpo de guardia.

CHISPA: Fama ha de quedar entera
de mí en el mundo, que soy
Chispilla, la bolichera.

Vanse. Salen don LOPE y Pedro CRESPO, y algunos Criados

CRESPO: En este paso, que está
más fresco, poned la mesa
al señor don Lope.

CRESPO habla a don LOPE

Aquí
os sabrá mejor la cena;
que al fin los días de agosto

no tienen más recompensa
que sus noches.

LOPE: Apacible
estancia en extremo es ésta.

CRESPO: Un pedazo es de jardín
do mi hija se divierta.

Sentaos. Que el viento suave,
que en las blandas hojas suena
de estas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás de esta fuente,
cítara de plata y perlas,
porque son en trastes de oro
las guijas templadas cuerdas.
Perdonad, si de instrumentos
solos la música suena,
de músicos que deleiten
sin voces que os entretengan;
que como músicos son
los pájaros que gorjean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos, pues, y divertid
esa continua dolencia.

LOPE: No podré; que es imposible,
que divertimento tenga.
¡Válgame Dios!

CRESPO: ¡Valga, amén!

LOPE: ¡Los cielos me den paciencia!
Sentaos, Crespo.

CRESPO: Yo estoy bien.

LOPE: Sentaos.

CRESPO: Pues me dais licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudierais.

Siéntase

LOPE: ¿No sabéis qué he reparado?
Que ayer la cólera vuestra
os debió de enajenar
de vos.

CRESPO: Nunca me enajena
a mí de mí nada.

LOPE: Pues,
¡cómo ayer, sin que os dijera
que os sentarais, os sentasteis,
aun en la silla primera?

CRESPO: Porque no me lo dijisteis,
y hoy, que lo decís, quisiera
no hacerlo. La cortesía
tenerla con quien la tenga.

LOPE: Ayer todo erais reniegos,
porvidas, votos y pesías;
y hoy estáis más apacible,
con más gusto y más prudencia.

CRESCO: Yo, señor, siempre respondo
en el tono y en la letra,
que me hablan. Ayer vos
así hablabais, y era fuerza
que fuera de un mismo tono
la pregunta y la respuesta.
Demás de que yo he tomado
por política discreta,
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía;
y es aquesto de manera
que en toda la noche pude
dormir en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas;
que, por no errar la que os duele,
si es la izquierda o la derecha,
me dolieron a mí entrambas.
Decidme, ¡por vida vuestra!,
cuál es y sépalo yo
porque una sola me duela.

LOPE: ¿No tengo mucha razón
de quejarme, si ha ya treinta
años que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha
y el verano con la fuerza

del sol, nunca descansé
y no he sabido qué sea
estar sin dolor un hora?

CRESPO: ¡Dios, señor, os de paciencia!

LOPE: ¿Para qué la quiero yo?

CRESPO: ¡No os la dé!

LOPE: Nunca acá venga,
si no que dosmil demonios
carguen conmigo y con ella.

CRESPO: ¡Amén! Y si no lo hacen
es por no hacer cosa buena.

LOPE: ¡Jesús mil veces, Jesús!

CRESPO: Con vos y conmigo sea.

LOPE: ¡Voto a Cristo, que me muero!

CRESPO: ¡Voto a Cristo, que me pesa!

Saca la mesa JUAN

JUAN: Ya tienes la mesa aquí.

LOPE: ¿Cómo a servirla no entran
mis criados?

CRESPO: Yo, señor,
dije, con vuestra licencia,

que no entraran a serviros,
y que en mi casa no hicieran
prevenciones; que a Dios gracias,
pienso, que no os falte en ella
nada.

LOPE: Pues, que no entran criados,
hacedme favor que venga
vuestra hija aquí a cenar
conmigo.

CRESPO: Dile que venga
tu hermana al instante, Juan.

Vase JUAN

LOPE: Mi poca salud me deja
sin sospecha en esta parte.

CRESPO: Aunque vuestra salud fuera,
señor, la que yo os deseo,
me dejara sin sospecha.
Agravio hacéis a mi amor
que nada de eso me inquieta;
que el decirle que no entrara
aquí fue con advertencia
de que no estuviese a oír
ociosas impertinencias;
que si todos los soldados
cortesés, como vos, fueran,
ella había de acudir
a servirlos la primera.

LOPE: *Aparte* (¡Qué ladino es el villano!
¡Oh, cómo tiene prudencia!)

Salen INÉS e ISABEL y JUAN

ISABEL: ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

CRESPO: El señor don Lope intenta honraros. Él es quien llama.

ISABEL: Aquí está una esclava vuestra.

LOPE: Serviros intento yo.
Aparte (¡Qué hermosura tan honesta!)
Que cenéis conmigo quiero.

ISABEL: Mejor es, que a vuestra cena sirvamos las dos.

LOPE: Sentaos.

CRESPO: Sentaos. Haced lo que ordena el señor don Lope.

ISABEL: Está el mérito en la obediencia.

Tocan guitarras dentro

LOPE: ¿Qué es aquello?

CRESPO: Por la calle los soldados se pasean, cantando y bailando.

LOPE: Mal
los trabajos de la guerra,
sin aquesta libertad
se llevarán; que es estrecha
religión la de un soldado,
y darle ensanchas es fuerza.

JUAN: Con todo eso es linda vida.

LOPE: ¿Fuérades con gusto a ella?

JUAN: Sí, señor, como llevara
por amparo a vuecelencia

Dentro dicen y luego cantan

UNO: Mejor se cantará aquí.

REBOLLEDO: Vaya a Isabel una letra.
Para que despierte, tira
a su ventana una piedra.

CRESPO: *Aparte* (A ventana señalada
va la música. ¡Paciencia!)

MÚSICOS: “La flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
y mañana serán miel.”

LOPE: *Aparte* (Música, vaya. Mas esto
de tirar es desvergüenza.
¡Y a la casa donde estoy
venirse a dar cantaletas!...

Pero disimularé
por Pedro Crespo y por ella.)
¡Qué travesuras!

CRESPO: Son mozos.
Aparte (Si por don Lope, no fuera,
yo les hiciera...)

JUAN: *Aparte* (Si yo
una rodelilla vieja
que en el cuarto de don Lope
está colgada, pudiera
sacar...)

JUAN hace que se va

CRESPO: ¡Dónde vais, mancebo?

JUAN: Voy a que traigan la cena.

CRESPO: Allá hay mozos que la traigan.

TODOS: Despierta, Isabel, despierta.

ISABEL: *Aparte* (¿Qué culpa tengo yo, cielos,
para estar a esto sujeta?)

LOPE: Ya no se puede sufrir,
porque es cosa muy mal hecha.

Arroja don LOPE la mesa

CRESPO: Pues, ¡y cómo si lo es!

Arroja Pedro CRESPO la silla

LOPE: Llevéme de mi impaciencia.
¿No es, decidme, muy mal hecho,
que tanto una pierna duela?

CRESPO: De eso mismo hablaba yo.

LOPE: Pensé que otra cosa era.
Como arrojasteis la silla...

CRESPO: Como arrojasteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa yo más cerca.
Aparte (¡Disimulemos honor!)

LOPE: *Aparte* (¡Quién en la calle estuviera!)
Ahora bien, cenar no quiero.
Retiraos.

CRESPO: Enhorabuena.

LOPE: Señora, quedad con Dios.

ISABEL: El cielo os guarde.

LOPE: *Aparte* (A la puerta
de la calle, ¿no es mi cuarto?
Y en él, ¿no está una rodela?)

CRESPO: *Aparte* (¿No tiene puerta el corral,
y yo una espadilla vieja?)

LOPE: Buenas noches.

CRESPO: Buenas noches.
Aparte (Encerraré por de fuera
a mis hijos.)

LOPE: *Aparte* (Dejaré
un poco la casa quieta.)

ISABEL: *Aparte* (¡Oh, qué mal, cielos, los dos
disimulan que les pesa!)

INÉS: *Aparte* (Mal el uno por el otro
van haciendo la deshecha.)

CRESPO: ¡Hola, mancebo!

JUAN: ¿Señor?

CRESPO: Acá está la cama vuestra.

**Vanse todos. Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, la CHISPA y
REBOLLEDO, con guitarras, y soldados**

REBOLLEDO: Mejor estamos aquí,
el sitio es más oportuno;
tome rancho cada uno.

CHISPA: ¿Vuelve la música?

REBOLLEDO: Sí.

CHISPA: Ahora estoy en mi centro.

ÁLVARO: ¡Que no haya un ventana
entreabierto esta villana!

SARGENTO: Pues bien lo oyen allá dentro.

CHISPA: Espera.

SARGENTO: Será a mi costa

REBOLLEDO: No es más de hasta ver quién es quien llega.

CHISPA: ¿Pues qué? ¿No ves un jinete de la costa?

Salen don MENDO con adarga, y NUÑO

MENDO: ¿Ves bien lo que pasa?

NUÑO: No,
no veo bien; pero bien
lo escucho.

MENDO: ¿Quién, cielos, quien esto puede sufrir?

NUÑO: Yo.

MENDO: ¿Abrirá acaso Isabel la ventana?

NUÑO: Sí, abrirá.

MENDO: No hará, villano.

NUÑO: No hará.

MENDO: ¡Ah celos, pena cruel!
Bien supiera yo arrojar
a todos a cuchilladas
de aquí; mas disimuladas
mis desdichas han de estar
hasta ver, si ella ha tenido
culpa de ello.

NUÑO: Pues aquí
nos sentemos.

MENDO: Bien. Así
estaré desconocido.

REBOLLEDO: Pues ya el hombre se ha sentado
si ya no es, que ser ordena
algún alma que anda en pena
de las cañas que ha jugado
con su adarga a cuestras. Da
voz al aire.

CHISPA: Ya él la lleva.

REBOLLEDO: Va una jácara tan nueva,
que corra sangre.

CHISPA: Sí hará.

**Salen don LOPE y Pedro CRESPO a un tiempo, con broqueles.
Canta la CHISPA**

CHISPA: “Érase cierto Sampayo
la flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte,

y el jaque de mayor lustre;
éste, pues, a la Chillona
topó un día...”

REBOLLEDO: No le culpen
la fecha, que el consonante
quiere que haya sido en lunes.

CHISPA: “Topó, digo, a la Chillona,
que, brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de los azumbres.
El Garlo, que siempre fue
en todo lo que le cumple
rayo de tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada, y a un tiempo
un tajo y revés sacude.”

Acuchíllanlos don LOPE y Pedro CRESPO

CRESPO: Sería de esta manera.

LOPE: Que sería así no duden.

Mátanlos a cuchilladas y sale don LOPE

LOPE: ¡Gran valor! Uno ha quedado
de ellos, que es el que está aquí.

Sale Pedro CRESPO

CRESPO: Cierto es que el que queda ahí
sin duda es algún soldado.

LOPE: Ni aun éste no ha de escapar
sin almagre.

CRESPO: Ni éste quiero
que quede sin que mi acero
la calle le haga dejar.

LOPE: ¿No huís con los otros?

CRESPO: ¡Huid vos,
que sabréis huir más bien!
Riñen

LOPE: ¡Voto a Dios, que riñe bien!

CRESPO: ¡Bien pelea, voto a Dios!

Sale JUAN

JUAN: *Aparte* (¡Quiera el cielo, que le tope!)
Señor, a tu lado estoy.

LOPE: ¿Es Pedro Crespo?

CRESPO: Yo soy.
¿Es don Lope?

LOPE: Sí, es don Lope.
¿Que no habíais, no dijisteis,
de salir? ¿Qué hazaña es ésta?

CRESPO: Sean disculpa y respuesta
hacer lo que vos hicisteis.

LOPE: Aquesta era ofensa mía,
vuestra no.

CRESPO: No hay que fingir;
que yo he salido a reñir
por haceros compañía.

Dentro, los SOLDADOS

SOLDADO 1: A dar muerte nos juntemos
a estos villanos.

Salen don ÁLVARO y todos

ÁLVARO: Mirad...

LOPE: ¿Aquí no estoy yo? Esperad.
¿De qué son estos extremos?

ÁLVARO: Los soldados han tenido,
porque se estaban holgando
en esta calle cantando
sin alboroto y ruido,
una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.

LOPE: Don Álvaro, bien entiendo
vuestra prudencia; y pues hoy
aqueste lugar está
en ojeriza, yo quiero
excusar rigor más fiero;
y pues amanece ya,
orden doy, que en todo el día,
para que mayor no sea

el daño, de Zalamea
saquéis vuestra compañía.
Y estas cosas acabadas,
no vuelvan a ser, porque
la paz otra vez pondré,
¡voto a Dios!, a cuchilladas.

ÁLVARO: Digo que aquesta mañana
la compañía haré marchar.

Aparte (La vida me has de costar,
hermosísima villana.)

Vanse don ÁLVARO y los SOLDADOS

CRESPO: *Aparte* (Caprichudo es el don Lope;
ya haremos migas los dos.)

LOPE: Veníos conmigo vos,
y solo ninguno os tope.

Vanse todos. Salen don MENDO y NUÑO herido

MENDO: ¿Es algo, Nuño, la herida?

NUÑO: Aunque fuera menor, fuera
de mí muy mal recibida,
y mucho más que quisiera

MENDO: Yo no he tenido en mi vida
mayor pena ni tristeza.

NUÑO: Yo tampoco.

MENDO: Que me enoje
es justo. ¿Que su fiereza
luego te dio en la cabeza?

NUÑO: Todo este lado me coge.

Tocan

MENDO: ¿Qué es esto?

NUÑO: La compañía
que hoy se va.

MENDO: Y es dicha mía,
pues con este cesarán
los celos del capitán.

NUÑO: Hoy se ha de ir en todo el día.

Salen don ÁLVARO y el SARGENTO

ÁLVARO: Sargento, vaya marchando,
antes que decline el día,
con toda la compañía,
y con prevención que, cuando
se esconda en la espuma fría
del océano español
ese luciente farol,
en ese monte le espero,
porque hallar mi vida quiero
hoy en la muerte del sol.

SARGENTO: Calla, que está aquí un figura
del lugar.

MENDO: Pasar procura,
sin que entiendan mi tristeza.
No muestres, Nuño, flaqueza.

NUÑO: ¿Puedo yo mostrar gordura?

Vanse don MENDO y NUÑO

ÁLVARO: Yo he de volver al lugar,
porque tengo prevenida
una criada a mirar
si puedo por dicha hablar
a aquesta hermosa homicida.
Dádivas han granjeado,
que apadrine mi cuidado.

SARGENTO: Pues, señor, si has de volver,
mira que habrás menester
volver bien acompañado,
porque al fin no hay que fiar
de villanos.

ÁLVARO: Ya lo sé.
Algunos puedes nombrar
que vuelvan conmigo.

SARGENTO: Haré
cuanto me quieras mandar.
Pero, ¿si acaso volviese
don Lope, y te conociese
al volver?

ÁLVARO: Ese temor
quiso también que perdiese

en esta parte mi amor;
que don Lope se ha de ir
hoy también a prevenir
todo el tercio a Guadalupe;
que todo lo dicho supe,
yéndome ahora a despedir
de él; porque ya el Rey vendrá,
que puesto en camino está.

SARGENTO: Voy, señor, a obedecerte.

ÁLVARO: Que me va la vida, advierte.

Vase el SARGENTO y salen REBOLLEDO y la CHISPA

REBOLLEDO: ¡Señor, albricias me da!

ÁLVARO: ¿De qué han de ser, Rebolledo?

REBOLLEDO: Muy bien merecerlas puedo,
pues solamente te digo...

ÁLVARO: ¿Qué?

REBOLLEDO: ...que ya hay un enemigo
menos a quien tener miedo.

ÁLVARO: ¿Quién es? Dilo presto.

REBOLLEDO: Aquel
mozo, hermano de Isabel.
Don Lope se le pidió
al padre, y él se le dio,
y va a la guerra con él.

En la calle le he topado
muy galán, muy alentado,
mezclando a un tiempo, señor,
rezagos de labrador
con primicias de soldado.
De suerte que el viejo es ya
quien pesadumbre nos da.

ÁLVARO: Todo nos sucede bien,
y más, si me ayuda quien
esta esperanza me da
de que esta noche podré
hablarla.

REBOLLEDO: No pongas duda.

ÁLVARO: Del camino volveré;
que ahora es razón que acuda
a la gente, que se ve
ya marchar. Los dos seréis
los que conmigo vendréis.

Vase don ÁLVARO

REBOLLEDO: Pocos somos, vive Dios,
aunque vengan otros dos,
otros cuatro y otros seis.

CHISPA: Y yo, si tú has de volver
allá, ¿qué tengo de hacer?
Pues no estoy segura yo,
si da conmigo el que dio
al barbero que coser.

REBOLLEDO: No sé qué he de hacer de ti.
¿No tendrás ánimo, di,
de acompañarme?

CHISPA: ¿Pues no?
Vestido no tengo yo;
ánimo y esfuerzo, sí.

REBOLLEDO: Vestido no faltará;
que ahí otro del paje está
de jineta, que se fue.

CHISPA: Pues yo a la par pasaré
con él.

REBOLLEDO: Vamos, que se va
la bandera.

CHISPA: Y yo veo ahora
porque en el mundo he cantado...

Canta la CHISPA

“...que el amor del soldado
no dura un hora.”

Vanse y salen don LOPE, Pedro CRESPO, y JUAN

LOPE: A muchas cosas os soy
en extremo agradecido;
pero, sobre todas, ésta
de darme hoy a vuestro hijo
para soldado, en el alma
os la agradezco y estimo.

CRESPO: Yo os le doy para criado.

LOPE: Yo os le llevo para amigo;
que me ha inclinado en extremo
su desenfado y su brío,
y la afición a las armas.

JUAN: Siempre a vuestros pies rendido
me tendréis, y vos veréis
de la manera que os sirvo,
procurando obedeceros
en todo.

CRESPO: Lo que os suplico
es que perdonéis, señor,
si no acertare a serviros;
porque en el rústico estudio,
adonde rejas y trillos,
palas, azadas y bieldos
son nuestros mejores libros,
no habrá podido aprender
lo que en los palacios ricos
enseña la urbanidad
política de los siglos.

LOPE: Ya que va perdiendo el sol
la fuerza, irme determino.

JUAN: Veré si viene, señor,
la litera.

Vase JUAN y salen INÉS e ISABEL

ISABEL: ¿Y es bien iros
sin despediros de quien
tanto desea serviros?

LOPE: No me fuera sin besaros
las manos y sin pedir
que liberal perdonéis
un atrevimiento digno
de perdón, porque no el precio
hace el don, sino el servicio.
Esta venera que, aunque
está de diamantes ricos
guarnecida, llega pobre
a vuestras manos, suplico
que la toméis y traigáis
por patena en nombre mío.

ISABEL: Mucho siento que penséis,
con tan generoso indicio,
que pagáis el hospedaje,
pues, de honra que recibimos,
somos los deudores.

LOPE: Esto
no es paga, sino cariño.

ISABEL: Por cariño, y no por paga,
solamente la recibo.
A mi hermano os encomiendo,
ya que tan dichoso ha sido
que merece ir por criado
vuestro.

LOPE: Otra vez os afirmo
que podéis descuidar de él;
que va, señora, conmigo.

Sale JUAN

JUAN: Ya está la litera puesta.

LOPE: Con Dios os quedad.

CRESPO: El mismo
os guarde.

LOPE: ¡Ah, buen Pedro Crespo!

CRESPO: ¡Oh, señor don Lope invicto!

LOPE: ¿Quién nos dijera aquel día
primero que aquí nos vimos,
que habíamos de quedar
para siempre tan amigos?

CRESPO: Yo lo dijera, señor,
si allí supiera, al oídos,
que erais...

LOPE: Decid por mi vida.

CRESPO: Loco de tan buen capricho.

Vase don LOPE y habla Pedro CRESPO a JUAN

En tanto que se acomoda
el señor don Lope, hijo,

ante tu prima y tu hermana,
escucha lo que te digo.
Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linaje limpio,
más que el sol, pero villano.
Lo uno y otro te digo;
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brío,
que dejes, desconfiado,
de aspirar con cuerdo arbitrio
a ser más; lo otro, porque
no vengas desvanecido
a ser menos. Igualmente
usa de entrambos designios
con humildad; porque, siendo
humilde, con cuerdo arbitrio
acordarás lo mejor
y como tal, en olvido
pondrás cosas, que suceden
al revés en los altivos.
¡Cuántos, teniendo en el mundo
algún defecto consigo,
le han borrado por humildes;
y cuántos, que no han tenido
defecto, se le han hallado,
por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobre manera;
sé liberal y partido,
que el sombrero y el dinero
son los que hacen los amigos;
y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo, y que consume el mar,
como ser uno bienquisto.

No hables mal de las mujeres;
la más humilde, te digo,
que es digna de estimación;
porque al fin de ellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa;
que cuando en los pueblos miro
muchos, que a reñir se enseñan,
mil veces entre mí digo:
“Aquesta escuela no es
la que ha de ser”. Pues colijo
que no ha de enseñarse a un hombre
con destreza, gala y brío
a reñir, sino a por qué
ha de reñir; que yo afirmo
que, si hubiera un maestro solo
que enseñara prevenido,
no el cómo, el por qué se riña,
todos le dieran sus hijos.
Con esto y con el dinero
que llevas para el camino,
y para hacer, en llegando
de asiento, un par de vestidos,
al amparo de don Lope
y mi bendición, yo fío
en Dios, que tengo de verte
en otro puesto. Adiós, hijo;
que me enternezco en hablarte.

JUAN: Hoy tus razones imprimo
en el corazón, adonde
vivirán, mientras yo vivo.
Dame tu mano. Y tú, hermana,
los brazos; que ya ha partido
don Lope mi señor, y es

fuerza alcanzarlo.

ISABEL: Los míos
bien quisieran detenerte.

JUAN: Prima, adiós.

INÉS: Nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan a la voz su oficio.
Adiós.

CRESPO: ¡Ea, vete presto!
Que cada vez que te miro,
siento más el que te vayas,
y ha de ser, porque lo he dicho.

JUAN: El cielo con todos quede.

Vase JUAN

CRESPO: El cielo vaya contigo.

ISABEL: ¡Notable crueldad has hecho!

CRESPO: Ahora, que no le miro,
hablaré más consolado.
¿Qué había de hacer conmigo
sino ser toda su vida
un holgazán, un perdido?
Váyase a servir al Rey.

ISABEL: Que de noche haya salido,
me pesa a mí.

CRESPO: Caminar
de noche por el estío,
antes es comodidad,
que fatigo; y es preciso
que a don Lope alcance luego
al instante. *Aparte* (Enternecido
me deja, cierto, el muchacho,
aunque en público me animo.)

ISABEL: Éntrate, señor, en casa.

INÉS: Pues sin soldados vivimos,
estémonos otro poco
gozando a la puerta el frío
viento que corre; que luego
saldrán por ahí los vecinos.

CRESPO: *Aparte* (A la verdad, no entro dentro
porque desde aquí imagino
como el camino blanquea
veo a Juan en el camino.)
Inés, sácame a esta puerta
asiento.

INÉS: Aquí está un banquillo.

ISABEL: Esta tarde diz que ha hecho
la villa elección de oficios.

CRESPO: Siempre aquí por el agosto
se hace.

**Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, REBOLLEDO, la
CHISPA y soldados**

ÁLVARO: Pisad sin ruido.
Llega, Rebolledo, tú,
y da a la criada aviso
de que ya estoy en la calle.

REBOLLEDO: Yo voy. Mas, ¿qué es lo que miro?
A su puerta hay gente.

SARGENTO: Y yo
en los reflejos y visos
que la luna hace en el rostro,
que es Isabel, imagino,
ésta.

ÁLVARO: Ella es; mas que la luna,
el corazón me lo ha dicho.
A buena ocasión llegamos.
Si ya, que una vez venimos,
nos atrevemos a todo,
buena venida habrá sido.

SARGENTO: ¿Estás para oír un consejo?

ÁLVARO: No.

SARGENTO: Pues ya no te lo digo.
Intenta lo que quisieres.

ÁLVARO: Yo he de llegar y atrevido
quitar a Isabel de allí.
Vosotros a un tiempo mismo

impedid a cuchilladas
el que me sigan.

SARGENTO: Contigo
venimos y a tu arden hemos
de estar.

ÁLVARO: Advertid, que el sitio
en que habemos de juntarnos
es ese monte vecino
que está a la mano derecha,
como salen del camino.

REBOLLEDO: ¡Chispa!

CHISPA: ¿Qué?

REBOLLEDO: Ten estas capas.

CHISPA: Que es del reñir, imagino,
la gala, el guardar la ropa,
aunque del nadar se dijo.

ÁLVARO: Yo he de llegar el primero.

CRESPO: Harto hemos gozado el sitio.
Entrémonos allá dentro.

ÁLVARO: Ya es tiempo. ¡Llegad, amigos!

ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor! ¿Qué es
esto?

ÁLVARO: Es una furia, un delirio
de amor.

Llévanla

ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor!

CRESPO: ¡Ah, cobardes!

INÉS: ¡Señor mío,
yo quiero aquí retirarme!

Vase ISABEL

CRESPO: Como echáis de ver, ¡ah, impíos!,
que estoy sin espada, alevos,
falsos y traidores!

REBOLLEDO: Idos,
si no queréis que la muerte
sea el último castigo.

CRESPO: ¿Qué importará, si está muerto
mi honor, el quedar yo vivo?
¡Ah, quién tuviera una espada!
Cuando sin armas te sido
es imposible. Ya airado
a ir por ella me animo.
¡Los he de perder de vista!
¿Qué he de hacer hados esquivos
que de cualquiera manera
es uno solo el peligro?

Sale INÉS con la espada

INÉS: Ésta, señor, es tu espada.

Vase INÉS

CRESPO: A buen tiempo la has traído.
Ya tengo honra, pues ya tengo
espada con que seguirlos.
Soltad la presa, traidores
cobardes, que habéis traído,
que he de cobrarla o la vida
he de perder.

Riñen

SARGENTO: Vano ha sido
tu intento, que somos muchos.

CRESPO: Mis males son infinitos,
y riñen todos por mí.
Pero la tierra que piso
me ha faltado.

Cae Pedro CRESPO

REBOLLEDO: ¡Dale muerte!

SARGENTO: Mirad, que es rigor impío
quitarle la vida y honor;
mejor es en lo escondido
del monte dejarle atado,
porque no lleve el aviso.

Dentro ISABEL

ISABEL: ¡Padre y señor!

CRESPO: Hija mía!

REBOLLEDO: Retírale, como has dicho.

CRESPO: Hija, solamente puedo seguirte con mis suspiros.

Llévanle y sale JUAN

ISABEL: ¡Ay de mí!

JUAN: ¡Qué triste voz!

CRESPO: ¡Ay de mí!

JUAN: ¡Mortal gemido!

A la entrada de este monte
cayó mi rocín conmigo,
veloz corriendo, y yo ciego
por la maleza le sido.

Tristes voces a una parte,
y a otra míseros gemidos
escucho, que no conozco,
porque llegan mal distintos.

Dos necesidades son
las que apellidan a gritos
mi valor; y pues iguales,
a mi parecer, han sido,
y uno es hombre, otro mujer,
a seguir ésta me animo;
que así obedezco a mi padre
en dos cosas que me dijo:
“Reñir con buena ocasión,

y honrar la mujer.” Pues miro
que así honro a la mujer,
y con buena ocasión riño.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Sale ISABEL como llorando

ISABEL: Nunca amanezca a mis ojos
la luz hermosa del día,
porque a su sombra no tenga
vergüenza yo de mí misma.
¡Oh tú, de tantas estrellas
primavera fugitiva,
no des lugar a la aurora,
que tu azul campaña pisa,
para que con risa y llanto
borre tu apacible vista!
Y ya que ha de ser, que sea
con llanto, mas no con risa.
¡Detente, oh mayor planeta,
más tiempo en la espuma fría
del mar! Deja que una vez
dilate la noche fría
su trémulo imperio; deja
que de tu deidad se diga,
atenta a mis ruegos, que es
voluntaria y no precisa!
¿Para qué quieres salir
a ver en la historia mía
la más enorme maldad,
la más fiera tiranía,
que en venganza de los hombre
quiere el cielo que se escriba?
Mas, ¡ay de mí!, que parece
que es fiera tu tiranía;
pues desde que te rogué

que te detuvieses, miran
mis ojos tu faz hermosa
descollarse por encima
de los montes. ¡Ay de mí,
que acosada y perseguida
de tantas penas, de tantas
ansias, de tantas impías
fortunas, contra mi honor
se han conjurado tus iras!
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir?
Si a mi casa determinan
volver mis erradas plantas,
será dar nueva mancilla
a un anciano padre mío,
que otro bien, otra alegría
no tuvo, sino mirarse
en la clara luna limpia
de mi honor, que hoy desdichado
tan torpe mancha le eclipsa.
Si dejo, por su respeta
y mi temor afligida,
de volver a casa, dejo
abierto el paso a que diga
que fui cómplice en mi infamia;
y ciega e inadvertida
vengo a hacer de la inocencia
acreedora a la malicia.
¡Qué mal hice, qué mal hice
de escaparme fugitiva
de mi hermano! ¿No valiera
más que su cólera altiva
me diera la muerte, cuando
llegó a ver la suerte mía?
Llamarle quiero, que vuelva

con saña más vengativa,
y me dé muerte. Confusas
voces el eco repita,
diciendo...

Dentro Pedro CRESPO

CRESPO: Vuelve a matarme,
serás piadoso homicida;
que no es piedad, no, dejar
a un desdichado con vida.

ISABEL: ¿Qué voz es ésta, que mal
pronunciada y poco oída,
no se deja conocer?

CRESPO: Dadme muerte, si os obliga
ser piadosos.

ISABEL: ¡Cielos, cielos!
Otro la muerte apellida,
otro desdichado hay
que hoy a pesar suyo viva.
Mas, ¿qué es lo que ven mis ojos?

Descúbrese CRESPO atado

CRESPO: Si piedades solicita
cualquiera que aqeste monte
temerosamente pisa,
llegue a dar muerte... Mas, ¡cielos!
¿Qué es lo que mis ojos miran?

ISABEL: Atadas atrás las manos

a una rigurosa encina...

CRESPO: Enterneciendo los cielos
con las voces que apellida...

ISABEL: ...mi padre está.

CRESPO: ...mi hija viene.

ISABEL: ¡Padre y señor!

CRESPO: ¡Hija mía!
Llégate, y quita estos lazos.

ISABEL: No me atrevo; que si quitan
los lazos, que te aprisionan,
una vez las manos mías,
no me atreveré, señor,
a contarte mis desdichas,
a referirte mis penas;
porque, si una vez te miras
con manos y sin honor
me darán muerte tus iras,
y quiero ante que las veas
referirte a mis fatigas.

CRESPO: Detente, Isabel, detente.
No prosigas; que desdichas,
Isabel, para contarlas
no es menester referirlas.

ISABEL: Hay muchas cosas que sepas,
y es forzoso que al decirlas
tu valor se irrite, y quieras

vengarlas antes de oír las.
Estaba anoche gozando
la seguridad tranquila,
que al abrigo de tus canas
mis años me prometían,
cuando aquellos embozados
traidores, que determinan
que lo que el honor defiende
el atrevimiento rinda,
me robaros; bien así,
como de los pechos quita
carnicero hambriento lobo
a la simple corderilla.
Aquel capitán, aquel
huésped ingrato, que el día
primero introdujo en casa
tan nunca esperada cisma
de traiciones y cautelas,
de pependencias y rencillas,
fue el primero que en sus brazos
me cogió, mientras le hacías
espaldas otros traidores,
que la bandera militan.
Aquese intricado, oculto
monte que está a la salida
del lugar, fue su sagrado.
¿Cuándo de la tiranía
no son sagrados los montes?
Aquí ajena de mí misma
dos veces me miré, cuando
aun tu voz, que me seguía,
me dejó, porque ya el viento
a quien tus acentos fías,
con la distancia, por puntos

adelgazándose iba;
de suerte, que las que eras
antes razones distintas,
no eran voces sino ríos;
luego en el viento esparcidas,
no eran voces, sino ecos
de una confusas noticias;
como aquel que oye un clarín,
que, cuando de él se retira,
le queda por mucho rato,
si no el ruido, la noticia.
El traidor pues, en mirando
que ya nadie hay quien le diga,
que ya nadie hay que me ampara,
porque hasta la luna misma
ocultó entre pardas sombras,
o cruel o vengativa,
aquella, ¡ay de mí!, prestada
luz, que del sol participa,
pretendió —¡ay de mí otra vez
y otras mil!— con fementidas
palabras buscar disculpa
a su amor. ¿A quién no admira
querer de un instante a otro
hacer la ofensa caricia?
¡Mal hay el hombre, mal haya
el hombre que solicita
por fuerza ganar un alma!
Pues no advierte, pues no mira,
que las victorias de amor
no hay trofeo en que consistan,
sino en granjear el cariño
de la hermosura que estiman;
porque querer sin el alma

una hermosura ofendida,
es querer una belleza
hermosa pero no viva!
¡Qué ruegos, qué sentimientos,
ya de humilde, ya de altiva,
no le dije! Pero en vano;
pues, ¡calle aquí la voz mía!
Soberbio, ¡enmudezca el llanto!
Atrevido, ¡el pecho gima!
Descortés, ¡lloren los ojos!
Fiero, ¡ensordezca la envidia!
Tirano, ¡falte el aliento!
Osado, ¡luto me vista!...
y si lo que la voz yerra,
tal vez el acción explica.
De vergüenza cubro el rostro,
de empacho lloro ofendida,
de rabia tuerzo las manos,
el pecho rompe de ira.
Entiende tú las acciones;
pues no hay voces que lo digan.
Baste decir que a las quejas
de los vientos repetidas,
en que ya no pedía al cielo
socorro sino justicia,
salió el alba, y con el alba,
trayendo a la luz por guía,
sentí ruido entre unas ramas.
Vuelvo a mirar quién sería,
y veo a mi hermano. ¡Ay cielos!
¿Cuándo, cuándo, ah suerte impía,
llegaron a un desdichado
los favores con más prisa?
Él, a la dudosa luz

que, si no alumbra, domina,
reconoce el daño antes
que ninguno se lo diga,
que son lince los pesares
que penetran con la vista.
Sin hablar palabra, saca
el acero, que aquel día
le ceñiste. El capitán,
que el tardo socorro mira
en mi favor, contra el suyo
saca la blanca cuchilla.
Cierra el uno con el otro;
este repara, aquel tira;
y yo, en tanto que los dos
generosamente lidian,
viendo temerosa y triste,
que mi hermano no sabía
si tenía culpa o no,
por no aventurar mi vida
en la disculpa, la espalda
vuelvo, y por la entretejida
maleza del monte huyo;
pero no con tanta prisa,
que no hiciese de unas ramas
intricadas celosías;
porque deseaba, señor,
saber lo mismo que huía.
A poco rato mi hermano
dio al capitán una herida.
Cayó. Quiso asegurarle...
cuando los que ya venían
buscando a su capitán
en su venganza se incitan.
Quiere defenderse; pero

viendo que era una cuadrilla,
corre veloz. No le siguen,
porque todos determinan
más acudir al remedio
que a la venganza que incitan.
En brazos al capitán,
volvieron hacia la villa,
sin mirar en su delito;
que en las penas sucedidas
acudir determinaron
primero a la más precisa.
Yo, pues, que atenta miraba
eslabonadas y asidas
unas ansias de otras ansias,
ciega, confusa y corrida,
discurrí, bajé, corrí,
sin luz, sin norte, sin guía,
monte, llano y espesura,
hasta que a tus pies rendida,
antes que me des la muerte,
te he contado mis desdichas.
Ahora, que ya las sabes,
generosamente anima
contra mi vida el acero,
el valor contra mi vida;
que ya para que me mates
aquestos lazos te quitan
mis manos; alguno de ellos
mi cuello infeliz oprima.
Desátale
Tu hija soy, sin honra estoy,
y tú libre; solicita
con mi muerte tu alabanza,
para que de ti se diga

que, por dar vida a tu honor
diste la muerte a tu hija.

Arrodíllase

CRESPO: Álzate, Isabel, del suelo;
no, no estás más de rodillas;
que a no haber estos sucesos
que atormenten y persigan,
ociosas fueran las penas,
sin estimación las dichas.
Para los hombres se hicieron,
y es menester que se impriman
con valor dentro del pecho.
Isabel, vamos aprisa;
demos la vuelta a mi casa;
que este muchacho peligra,
y hemos menester hacer
diligencias exquisitas,
por saber de él, y ponerle
en salvo.

ISABEL: *Aparte* (¡Fortuna mía,
o mucha cordura o mucha
cautela es ésta!)

CRESPO: Camina.
Aparte (¡Vive Dios que si la fuerza
y necesidad precisa
de curarse hizo volver
al capitán a la villa,
que pienso que le está bien
morirse de aquella herida
por excusarse de otra

y otras mil, que el ansia mía
no ha de parar hasta darle
la muerte!) ¡Ea! Vamos, hija,
a nuestra casa.

Sale el ESCRIBANO

ESCRIBANO: ¡Oh, señor,
Pedro Crespo! ¡Dame albricias!

CRESPO: ¿Albricias? ¿De qué, escribano?

ESCRIBANO: En concejo aqúeste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy.
La primera es la venida
del Rey, que estará hoy aquí,
o mañana en todo el día
según dicen. Es la otra,
que ahora han traído a la villa
de secreto unos soldados
a curarse con gran prisa
aquel capitán que ayer
tuvo aquí su compañía.
Él no dice quién le hirió;
pero si esto se averigua
será una gran causa.

CRESPO: *Aparte* (¡Cielos,
cuando vengarte imaginas,
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia!
¿Cómo podré delinquir

yo, si en esta hora misma
me ponen a mí por juez
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
no se ven con tanta prisa.)
En extremo agradecido
estoy a quien solicita
honrarme.

ESCRIBANO: Vení a la casa
del concejo y, recibida
la posesión de la vara,
haréis en la causa misma
averiguaciones.

CRESPO: Vamos.

A ISABEL

A tu casa te retira.

ISABEL: *Aparte* (¡Duélese el cielo de mí!)
Yo he de acompañarte.

CRESPO: Hija,
ya tenéis el padre alcalde,
él os guardará justicia.
Vanse. Salen don ÁLVARO con banda, como
herido, y el SARGENTO

ÁLVARO: Pues la herida no era nada,
¿por qué me hicisteis volver
aquí?

SARGENTO: ¿Quién pudo saber lo que era antes de curada?

ÁLVARO: Ya la cura prevenida, hemos de considerar, que no es bien aventurar hoy la vida por la herida.

SARGENTO: ¿No fuera mucho peor que te hubieras desangrado?

ÁLVARO: Puesto que ya estoy curado, detenernos será error. Vámonos, antes que corra voz de que estamos aquí. ¿Están ahí los otros?

SARGENTO: Sí.

ÁLVARO: Pues la fuga nos socorra del riesgo de estos villanos, que, si se llega a saber que estoy aquí, habrá de ser fuerza apelar a las manos.

Sale REBOLLEDO

REBOLLEDO: La justicia aquí se ha entrado.

ÁLVARO: ¿Qué tiene que ver conmigo justicia ordinaria?

REBOLLEDO: Digo, que hasta aquí ha llegado.

ÁLVARO: Nada me puede a mí estar
mejor, llegando a saber
que estoy aquí, y no temer
a la gente del lugar;
que la justicia es forzoso
remitirme en esta tierra
a mi consejo de guerra;
con que, aunque el lance es penoso,
tengo mi seguridad.

REBOLLEDO: Sin duda se ha querellado
el villano.

ÁLVARO: Eso he pensado.
Dentro

ESCRIBANO: Todas las puertas tomad,
y no me salga de aquí
soldado que aquí estuviere;
y al que salirse quisiere,
matadle.

Salen Pedro CRESPO con vara, el ESCRIBANO, y los que pueden

ÁLVARO: Pues, ¿cómo así
entráis? Mas... ¿qué es lo que veo?

CRESPO: ¿Cómo no? A mi parecer
la justicia ha menester
más licencia, a lo que creo.

ÁLVARO: La justicia, cuando vos
de ayer acá lo seáis,

no tiene, si lo miráis,
que ver conmigo.

CRESPO: Por Dios,
señor, que no os alteréis;
que sólo a una diligencia
vengo, con vuestra licencia,
aquí, y que solo os quedéis
importa.

A los soldados

ÁLVARO: Salíos de aquí.

AI ESCRIBANO y los otros

CRESPO: Salíos vosotros también.

AI ESCRIBANO

Con esos soldados ten
gran cuidado.

ESCRIBANO: Harélo así.

Vanse el ESCRIBANO, los soldados, y los labradores

CRESPO: Ya que yo, como justicia,
me valí de su respeto,
para obligaros a oírme,
la vara a esta parte dejo,
y como un hombre no más
deciros mis penas quiero.
Arrima la vara

Y puesto que estamos solos,
señor don Álvaro, hablemos
más claramente los dos
sin que tantos sentimientos
como tiene encerrados
en las cárceles del pecho
aciertan a quebrantar
las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien;
que a escoger mi nacimiento,
no dejara, es Dios Testigo,
un escrúpulo, un defecto
en mí, que suplir pudiera
la ambición de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
me he tratado con respeto.
De mí hacen estimación
el cabildo y el concejo.
Tango muy bastante hacienda,
porque no hay, gracias al cielo,
otro labrador más rico
en todos aquestos pueblos
de la comarca. Mi hija
se ha criado, a lo que pienso,
con la mejor opinión,
virtud y recogimiento
del mundo. Tal madre tuvo
—téngala Dios en el cielo!—
...Bien pienso que bastará,
señor, para abono de esto,
el ser rico, y no haber quien
me murmure, ser modesto,
y no haber quien me baldone;
y mayormente viviendo

en un lugar corto, donde
otra falta no tenemos
más que decir unos de otros
las faltas y los defectos;
y pluguiera a Dios, señor,
que se quedara en saberlos.
Si es muy hermosa mi hija,
diganlo vuestros extremos,
aunque pudiera, al decirlos,
con mayores sentimientos
llorar. Señor, ya esto fue
mi desdicha. No apuremos
toda la ponzoña al vado;
quédese algo al sufrimiento.
No hemos de dejar, señor,
salirse con todo al tiempo;
algo hemos de hacer nosotros
para encubrir sus defectos.
Éste ya veis si es bien grande,
pues aunque encubrirle quiero,
no puedo; que sabe Dios,
que a poder estar secreto
y sepultado en mí mismo,
no viniera a lo que vengo;
que todo esto remitiera,
por no hablar, al sufrimiento.
Deseando pues remediar
agravio tan manifiesto,
buscar remedio a mi afrenta,
es venganza, no es remedio;
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto,
que a mí me está bien y a vos
no mal; y es, que desde luego

os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento
ni el de mi hijo, a quien yo
traeré a echar a los pies vuestros,
reserve un maravedí,
si no quedarnos pidiendo
limosna, cuando no haya
otro camino, otro medio
con que poder sustentarnos.
Y si queréis desde luego
poner una S y un clavo
hoy a los dos y vendernos,
será aquesta cantidad
más del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinión
que habéis quitado. No creo,
que desluzcáis vuestro honor
porque los merecimientos,
que vuestros hijos, señor,
perdieren, por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, con ser hijos vuestros.
En Castilla, el refrán dice
que el caballo —y es lo cierto—
lleva la silla. Mirad,
Híncase de rodillas
que a vuestros pies os lo ruego
de rodillas y llorando
sobre estas canas que el pecho,
viendo nieve y agua, piensa,
que se me estás derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
que me quitasteis vos mismo;
y con ser mío, parece,

según os lo estoy pidiendo
con humildad, que no os pido
lo que es mío, sino vuestro.
Mirad, que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero,
sino que vos me los deis.

ÁLVARO: *Aparte* (¡Ya me falta el sufrimiento!)
Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte a mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debáis
no andar con vos más cruel
a la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer;
si por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.

CRESPO: ¿Que en fin no os mueve mi llanto?

ÁLVARO: Llantos no se han de creer
de viejo, niño y mujer.

CRESPO: ¿Que no pueda dolor tanto
mereceros un consuelo?

ÁLVARO: ¿Qué más consuelo queréis,
pues con la vida volvéis?

CRESPO: Mirad que echado en el suelo
mi honor a voces os pido.

ÁLVARO: ¡Qué enfado!

CRESPO: Mirad que soy
alcalde en Zalamea hoy.

ÁLVARO: Sobre mí no habéis tenido
jurisdicción. Es consejo
de guerra enviará por mí.

CRESPO: ¿Es eso os resolvéis?

ÁLVARO: Sí,
caduco y cansado viejo.

CRESPO: ¿No hay remedio?

ÁLVARO: El de callar
es el mejor para vos.

CRESPO: ¿No otro?

ÁLVARO: No.

CRESPO: Pues, ¡juro a Dios,

Levántase y toma la vara

que me lo habéis de pagar!
¡Hola!

Salen el ESCRIBANO y los villanos

ESCRIBANO: ¿Señor?

ÁLVARO: ¿Qué querrán
estos villanos hacer?

ESCRIBANO: ¿Qué es lo que manda?

CRESPO: Prender
mando al señor capitán.

ÁLVARO: ¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
en servicio del Rey, no
se puede hacer.

CRESPO: Probaremos.
De aquí, si no es preso o muerto,
no saldréis.

ÁLVARO: Yo os apercibo
que soy un capitán vivo.

CRESPO: ¿Soy yo acaso alcalde tuerto?
Daos al instante a prisión.

ÁLVARO: *Aparte* (No me puedo defender
fuerza es dejarme prender.)
Al Rey de esta sinrazón
me quejaré.

CRESPO: Yo también
de esa otra; y aun bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
a los dos. Dejar es bien
esa espada.

ÁLVARO: No es razón,
que...

CRESPO: ¿Cómo no, si vais preso?

ÁLVARO: Tratad con respeto.

CRESPO: Eso
está muy puesto en razón.

AI ESCRIBANO

Con respeto le llevad
a las casas en efeto
del concejo, y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena, y tened
con respeto gran cuidado,
que no hable a ningún soldado.
Y a todos también poned
en la cárcel, que es razón,
y aparte, porque después
con respeto a todos tres
les tomen la confesión.

Aparte a don ÁLVARO

Y aquí, para entre los dos
si hallo harto paño, en efeto
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, ¡juro a Dios!

ÁLVARO: ¡Ah, villanos con poder!

Llévanle preso. Vanse. Salen REBOLLEDO, la CHISPA, el ESCRIBANO y CRESPO

ESCRIBANO: Este paje, este soldado,
son los que mi cuidado
sólo ha podido prender;
que otro se puso en huida.

CRESPO: Éste el pícaro es que canta.
Con un paso de garganta
no ha de hacer otro en su vida.

REBOLLEDO: ¿Pues qué delito es, señor,
el cantar?

CRESPO: Que es virtud siento,
y tanto, que un instrumento
tengo en que cantéis mejor.
Resolveos a decir...

REBOLLEDO: ¿Qué?

CRESPO: ...cuanto anoche pasó...

REBOLLEDO: Tu hija, mejor que yo
lo sabe.

CRESPO: ...o has de morir.

CHISPA: Rebolledo, determina
negarlo punto por punto;
serás, si niegas, asunto
para una jacarandina
que cantaré.

CRESPO: ¿A vos, después,
quién otra os ha de cantar?

CHISPA: A mí no me pueden dar
tormento.

CRESPO: Sepamos, pues,
por qué.

CHISPA: Esto es cosa asentada,
y que no hay ley que tal mande.

CRESPO: ¿Qué causa tenéis?

CHISPA: Bien grande.

CRESPO: ¡Decid, cuál!

CHISPA: Estoy preñada.

CRESPO: *Aparte* (¿Hay cosa más grande?
Mas la cólera me inquieta.)
¿No sois paje de jineta?

CHISPA: No, señor, sino de brida.

CRESPO: Resolveos a decir
vuestros dichos.

CHISPA: Sí, diremos
y aún más de los que sabemos;
que peor será morir.

CRESPO: Eso excusará a los dos

del tormento.

CHISPA: Si es así,
pues para cantar nací,
he de cantar, ¡vive Dios!

Cantan

“¡Tormento me quieren dar!”

REBOLLEDO: “Y, ¿qué quieren darme a mí?”

CRESPO: ¿Qué hacéis?

CHISPA: Templar desde aquí
pues que vamos a cantar.

Vanse. Sale JUAN

JUAN: Desde que al traidor herí
en el monte, desde que
riñendo con él, porque
llegaron tantos, volví
la espalda, el monte he corrido,
la espesura he penetrado,
y a mi hermana no he encontrado.
En efecto, me he atrevido
a venirme hasta el lugar
y entrar dentro de mi casa,
donde todo lo que pasa
a mi padre he de contar.
Veré lo que me aconseja
que haga, cielos, en favor
de mi vida y de mi honor.

Salen ISABEL e INÉS

INÉS: Tanto sentimiento deja;
que vivir tan afligida,
no es vivir, matarte es.

ISABEL: Pues, ¿quién te ha dicho, ¡ay Inés!,
que no aborrezco la vida?

JUAN: Diré a mi padre... ¡ay de mí!
¿No es ésta Isabel? Es llano,
pues, ¿qué espero?
Saca la daga

INÉS: ¡Primo!

ISABEL: ¡Hermano!
¿Qué intentas?

JUAN: Vengar así
la ocasión en que hoy has puesto
mi vida y mi honor.

ISABEL: ¡Advierte!...

JUAN: Tengo de darte la muerte,
¡viven los cielos!

Sale Pedro CRESPO con la vara

CRESPO: ¿Qué es esto?

JUAN: Es satisfacer, señor,
una injuria, y es vengar
una ofensa, y castigar...

CRESPO: Basta, basta; que es error
que os atreváis a venir...

JUAN: *Aparte* (¿Qué es lo que mirando estoy?)

CRESPO: ...delante así de mí hoy,
acabando ahora de herir
en el monte un capitán.

JUAN: Señor, si le hice esa ofensa,
que fue en honrada defensa
de tu honor.

CRESPO: ¡Ea, basta, Juan!
¡Hola!
Salen los labradores
¡Llevalle también
preso!

JUAN: ¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?

CRESPO: Y aun a mi padre también
con tal rigor le tratará.
Aparte (Aquesto es asegurar
su vida, y han de pensar
que es la justicia más rara
del mundo.)

JUAN: Escucha por qué.
Habiendo un traidor herido,
a mi hermana he pretendido
matar también...

CRESPO: Ya lo sé.
Pero no basta sabello
yo como yo, que ha de ser
como alcalde, y he de hacer
información sobre ello;
y hasta que conste, qué culpa
te resulta del proceso,
tengo de tenerte preso.
Aparte (Yo le hallaré la disculpa.)

JUAN: Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra ya
prendes a quien te la da,
guardando a quien te la quita.

Llévanlo preso a JUAN

CRESPO: Isabel, entra a firmar
esta querella que has dado
contra aquél que te ha injuriado.

ISABEL: ¿Tú, que quisiste ocultar
nuestra ofensa, eres ahora
quien más trata publicarla?
Pues no consigues vengarla,
consigue el callarla ahora.

CRESPO: Que ya que, como quisiera
me quita esta obligación,

satisfacer mi opinión
ha de ser de esta manera.

Vase ISABEL

Inés, pon ahí esa vara;
pues que por bien no ha querido
ver el caso concluido,
querrá por mal.
Dentro

LOPE: ¡Para, para!

CRESPO: ¿Qué es aquesto? ¿Quién,
quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero, ¿quién se ha entrado aquí?

Sale don LOPE

LOPE: ¡Oh, Pero Crespo! Yo soy,
que volviendo a este lugar
de la mitad del camino
donde me trae —imagino—
un grandísimo pesar,
no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo.

CRESPO: ¡Guárdeos Dios!
Que siempre tratáis de honrarme.

LOPE: Vuestro hijo no ha parecido
por allá.

CRESPO: Preso sabréis
la ocasión. La que tenéis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.

LOPE: La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
¡Que estoy perdido, os confieso,
de cólera!...

CRESPO: Proseguí.

LOPE: ...que un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso;
y, ¡voto a Dios!, no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Voto a Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos le he de matar!

CRESPO: Pues habéis venido en balde;
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.

LOPE: Pues dárselos sin que deje dárselos.

CRESPO: Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje.
¿Sabéis por qué le prendió?

LOPE: No; mas sea lo que fuere
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar si es necesario.

CRESPO: Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

LOPE: ¿Será más de un villanote?

CRESPO: Un villanote será
que, si cabezudo da,
en que ha de darle garrote,
¡par Dios!, se salga con ello.

LOPE: No se saldrá tal, ¡par Dios!,
y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decidme dó vive o no.

CRESPO: Bien cerca vive de aquí.

LOPE: Pues a decirme vení
quién es el alcalde.

CRESPO: Yo.

LOPE: ¡Voto a Dios, que lo sospecho!

CRESPO: ¡Voto a Dios, como os le he dicho!

LOPE: Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO: Pues, señor, lo hecho hecho.

LOPE: Yo por el preso he venido
y a castigar este exceso.

CRESPO: Pues yo acá le tengo preso
por lo que acá ha sucedido.

LOPE: ¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO: ¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?

LOPE: ¿Vos sabéis que mi valor
dueño de esta causa ha sido?

CRESPO: ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

LOPE: ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRESPO: ¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz y no la quiere?

LOPE: Que os entráis no es bien, se arguya,
en otra jurisdicción.

CRESPO: Él se me entró en mi opinión
sin ser jurisdicción suya.

LOPE: Yo os sabré satisfacer
obligándome a la paga.

CRESPO: Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me pueda hacer.

LOPE: Yo me he de llevar el preso;
ya estoy en ello empeñado.

CRESPO: Yo por acá he sustanciado
el proceso.

LOPE: ¿Qué es proceso?

CRESPO: Unos pliegos de papel,
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.

LOPE: Iré por él
a la cárcel.

CRESPO: No embarazo
que vais, solo se repare
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.

LOPE: Como a esas balas estoy
enseñado yo a esperar...
Aparte (Mas no se ha de aventurar
nada en el acción de hoy.)
¡Hola, soldado!

Sale un SOLDADO

Id volando,
y a todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.

SOLDADO 1: No fue menester llamar
la gente; que habiendo oído
aquesto que ha sucedido
se ha entrado en el lugar.

LOPE: Pues, ¡voto a Dios!, que he de ver
si me dan el preso o no.

CRESPO: Pues, ¡voto a Dios!, que antes yo
haré lo que se ha de hacer!
Éntranse. Tocan cajas y dicen dentro

LOPE: Ésta es la cárcel, soldados,
adonde está del capitán.
Si no os le dan al momento,
poned fuego y la abrasad.
Y si se pone en defensa

el lugar, todo el lugar.

ESCRIBANO: Ya, aunque rompan la cárcel,
no le darán libertad.

LOPE: ¡Mueran aquestos villanos!

CRESPO: ¿Que mueran? Pues, ¿qué? ¿No hay
más?

LOPE: Socorro les ha venido.
¡Romped la cárcel, llegad,
romped la puerta!

**Salen el REY, don LOPE y los soldados, Pedro CRESPO, y los
villanos. Todos se descubren**

REY: ¿Qué es esto?
Pues, ¿de esta manera estáis
viniendo yo?

LOPE: Ésta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vio el mundo.
Y, ¡vive Dios!, que a no entrar
en el lugar tan aprisa,
señor, Vuestra Majestad,
que había de hallar luminarias
puestas por todo el lugar.

REY: ¿Qué ha sucedido?

LOPE: Un alcalde
ha prendido un capitán

y viniendo yo por él
no le quieren entregar.

REY: ¿Quién es el alcalde?

CRESPO: Yo.

REY: ¿Y qué disculpas me dais?

CRESPO: Este proceso, en que bien
probado el delito está,
digno de muerte por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.

LOPE: Éste es el alcalde, y es
su padre.

CRESPO: No importa en tal
caso; porque, si un extraño
se viniera a querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí. ¿Pues qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara a mi hija,
pues era la sangre igual.
Mírese, si está bien hecha
la causa; miren, si hay

quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está algo escrito demás
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.

REY: Bien está
sustanciado. Pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid al preso.

CRESPO: Mal
podré, señor, remitirle;
porque, como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquier sentencia que hay
la ejecuta ella; y así
ésta ejecutada está.

REY: ¿Qué decís?

CRESPO: Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vello.
Aqueste es el capitán.

Aparece dado garrote en una silla don ÁLVARO

REY: Pues, ¿cómo así os atrevisteis?

CRESPO: Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia,
luego esto no está hecho mal.

REY: ¿El consejo no supiera
la sentencia ejecutar?

CRESPO: Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más;
si éste tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre
que esta otra había de matar?
¿Y qué importa errar lo menos
quien acertó lo demás?

REY: Pues ya que aquesto sea así,
¿por qué, como a capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?

CRESPO: ¿Eso dudáis?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar;
y ésa es querella del muerto,
que toca a su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca a los demás.

REY: Don Lope, aquesto ya es hecho,
bien dada la muerte está;
no importa error lo menos

quien acertó lo demás.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto a Portugal.

A CRESPO

Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.

CRESPO: Sólo vos a la justicia
tanto supierais honrar.

Vanse el REY y su acompañamiento, soldados, y labradores

LOPE: Agradeced al buen tiempo
que llegó Su Majestad.

CRESPO: ¡Par Dios!, aunque no llegara
no tenía remedio ya.

LOPE: ¿No fuera mejor hablarme,
dando el preso y remediar
el honor de vuestra hija?

CRESPO: Un convento tiene ya
elegido y tiene esposo
que no mira en calidad.

LOPE: Pues dadme los demás presos.

CRESPO: Al momento los sacad.

Salen REBOLLEDO y la CHISPA

LOPE: Vuestro hijo falta; porque
siendo mi soldado ya,
no ha de quedar preso.

CRESPO: Quiero
también, señor, castigar
el desacato que tuvo
de herir a su capitán;
que, aunque es verdad que su honor
a esto le pudo obligar,
de otra manera pudiera.

LOPE: Pero Crespo... ¡bien está!
Llamadle.

Sale JUAN

CRESPO: Ya él está aquí.

JUAN: Las plantas, señor, me dad;
que a ser vuestro esclavo iré.

REBOLLEDO: Yo no pienso ya cantar
en mi vida.

CHISPA: Pues, yo sí,
cuantas veces a mirar
llegue al pasado instrumento.

CRESPO: Con qué fin el autor da
a esta historia verdadera.
Los defectos perdonad.

FIN DE LA COMEDIA